

## COEDUCAR

*En este artículo presentamos lo que creemos que es un nuevo armazón analítico para examinar las diferencias entre los patrones de habla de los hombres y de las mujeres de Norteamérica<sup>1</sup>. Nuestra propuesta no se*

*basa en datos nuevos*

*sino en un nuevo examen de una amplia variedad de material ya disponible en la bibliografía académica. El problema que nos planteamos como punto de partida es la naturaleza de los diferentes papeles que como hablantes adoptan hombres y mujeres en conversaciones intersexuales informales en inglés americano. Nuestros esfuerzos al abordar este problema nos han conducido a llevar a cabo análisis preliminares de una amplia variedad de ámbitos que se sitúan en los márgenes de nuestras actuales competencias o más allá de ellos: el habla infantil, el juego infantil, los estilos y los patrones de la amistad, los turnos de palabra en la conversación, el análisis del discurso y la comunicación interétnica.*

# **LOS PROBLEMAS COMUNICATIVOS ENTRE HOMBRES Y MUJERES DESDE UNA PERSPECTIVA CULTURAL\***

DANIEL N. MALTZ y RUTH A. BORKER

**E**ntre las investigaciones que más han influido en el desarrollo de nuestro actual modelo se encuentran las de John Gumperz (1982) sobre los problemas de la comunicación interétnica y el estudio de los aspectos lingüísticos del juego entre niños y niñas de la comunidad negra de Philadelphia realizado por Marjorie Goodwin (1978, 1980a, 1980b).

### El problema de la conversación intersexual

Numerosos estudios demuestran que cuando hombres y mujeres intentan interactuar como iguales en conversaciones amistosas intersexuales no desempeñan el mismo papel en la interacción, incluso cuando no existe aparentemente ningún elemento de coqueteo. Esperamos explorar algunas de esas diferencias, examinar las explicaciones que de ellas se han ofrecido y proponer una explicación alternativa.

Los primeros datos de conversaciones intersexuales provienen, en general, de dos fuentes: de estudios de psicología social de los años cincuenta tales como las investigaciones de Soskin y John (1963) sobre dos matrimonios jóvenes y las investigaciones de Strodebeck y Mann (1956) sobre deliberaciones de jurados, y, más recientemente, de estudios sociolíngüísticos realizados en la Universidad de California en Santa Barbara y en la Universidad de Pennsylvania por Candace West (Zimmerman y West, 1975; West y Zimmerman, 1977; West, 1979), Pamela Fishman (1978) y Lynette Hirschman (1973).

### Características de las mujeres

Los estudios citados han mostrado varias diferencias sorprendentes en las aportaciones que realizan hombres y mujeres en conversaciones intersexuales.

En primer lugar, las mujeres muestran una mayor tendencia a hacer preguntas. Fishman (1978: 400) comenta: "a veces tenía la impresión de que lo único que hacían las mujeres era preguntar". Y Hirschman (1973: 19) señala: "varias conversaciones entre un hombre y una mujer correspondían al patrón pregunta-respuesta, siendo las mujeres quienes hacían preguntas a los hombres".

Fishman (1978: 408) ve esta tendencia hacia la estructura de pregunta-respuesta como un ejemplo de una segunda característica, más general, del habla de las mujeres, que consiste en realizar una mayor cantidad del "trabajo sucio" de rutina que lleva consigo el mantener la interacción social cotidiana, haciendo más cosas para facilitar el flujo de la conversación (Hirschman, 1973: 3). Las mujeres tienden más que los hombres a emitir enunciados que piden respuestas o animan a responder a sus compañeros en la conversación y, por lo tanto, están, en palabras de

Fishman, "más activamente comprometidas en asegurar la interacción que los hombres" (1978: 404). En los estudios de psicología social citados anteriormente, estas características se habían codificado bajo la categoría general de "reacciones positivas" que incluían solidaridad, deshacer la tensión y mostrar acuerdo (Strodebeck y Mann, 1956).

En tercer lugar, las mujeres muestran una mayor tendencia a utilizar las respuestas mínimas positivas, especialmente "mm hmm" (Hirschman, 1973: 8), y a insertar "esos comentarios por todas partes a lo largo de la charla y no simplemente al final" (Fishman, 1978: 402).

En cuarto lugar, las mujeres tienden más a adoptar una estrategia de "protesta silenciosa" tras una interrupción o cuando han recibido una mínima respuesta con retraso (Zimmerman y West, 1975; West y Zimmerman, 1977: 524).

En quinto lugar, las mujeres muestran una mayor tendencia a usar los pronombres "tú/vosotros/vosotras" y "nosotros/nosotras", que reconocen explícitamente la existencia del otro hablante (Hirschman, 1973: 6).

### Características de los hombres

Respecto a las aportaciones que hacen los hombres en las conversaciones intersexuales, se han descrito características que contrastan con las de las mujeres.

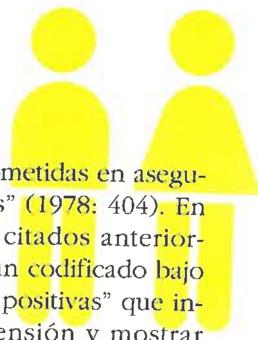
En primer lugar, los hombres tienden más a interrumpir a sus interlocutores en la conversación, es decir, a interrumpir el habla de las mujeres (Zimmerman y West, 1975; West y Zimmerman, 1977; West, 1979).

En segundo lugar, tienden más a poner en duda o a discutir los enunciados de sus interlocutores (Hirschman, 1973: 11).

En tercer lugar, tienden más a ignorar los comentarios de la otra persona, es decir, a no ofrecer respuestas o muestras de que tienen en cuenta lo que otros han dicho antes (Hirschman, 1973: 11), sino que responden con lentitud a través de lo que se ha descrito como una "respuesta mínima con retraso" (Zimmerman y West, 1975: 118) o bien responden sin ningún entusiasmo (Fishman, 1978).

En cuarto lugar, los hombres utilizan más mecanismos que las mujeres para controlar el tema de la conversación, tanto por lo que respecta al desarrollo temático como a la introducción de nuevos temas (Zimmerman y West, 1975).

Finalmente, los hombres realizan más declaraciones de hecho o de opinión que las mujeres (Fishman, 1978: 402), declaraciones que incluyen sugerencias, opiniones y "manifestaciones orientativas", tal como las denominan Strodebeck y Mann (1956) o "manifestaciones directivas y focalizadoras", según la denominación de Soskin y John (1963).



## Explicaciones ofrecidas

La mayoría de las explicaciones que se han ofrecido de esas características se ha centrado en las diferencias respecto al poder social o a las personalidades de hombres y mujeres. Una variante del argumento que toma como base las diferencias en cuanto al poder social, presentada por West (Zimmerman y West, 1975; West y Zimmerman, 1977), es que el dominio que ejercen los hombres en la conversación corre en paralelo a su dominio en la sociedad. Los hombres gozan del poder en la sociedad y también en la conversación. Ambos niveles se ven como parte de un único sistema socio-político. West ve las interrupciones y el control temático como muestras del poder masculino, un poder que se basa en el orden social más amplio pero que se refuerza y se expresa en la interacción cara a cara con mujeres. Una segunda variante de este argumento, planteada por Fishman (1978), es que, si bien las diferencias de poder entre hombres y mujeres son un aspecto crucial, el mecanismo específico a través del cual esas diferencias se inscriben en la conversación es la definición del papel sexual. Los papeles sociales sirven para oscurecer el problema del poder ante los participantes, pero el hecho es, plantea Fishman, que las normas que regulan el comportamiento apropiado de las mujeres y de los hombres sirven para dar poder y control interactivo a los hombres y para quitárselo a las mujeres. Para ser socialmente aceptables, las mujeres no pueden ejercer control y, de hecho, deben apoyar a los hombres en su control. Según el argumento del poder social, en este reparto no se presenta a los hombres ostentando necesariamente de forma consciente el poder, sino, simplemente, recogiendo los premios que el sistema social les ha otorgado. En ambas variantes la conexión entre los niveles macro y micro de la vida social se presenta como una relación directa y sin problemas y el orden social general se constituye en el centro de la explicación.

Los papeles sociales también han ocupado un lugar central en las explicaciones psicológicas. La principal defensora de la posición psicológica ha sido Robin Lakoff (1975). Básicamente, Lakoff afirma<sup>2</sup> que, al haber sido educadas para hablar y actuar como 'damas', las mujeres llegan a ser tan poco firmes y tan inseguras como se les ha enseñado a parecer. La imposible

**"Las mujeres tienden más que los hombres a emitir enunciados que piden respuestas o animan a responder a sus compañeros en la conversación y, por lo tanto, están, en palabras de Fishman, 'más activamente comprometidas en asegurar la interacción que los hombres'"**



tarea de intentar ser a la vez mujeres y personas adultas, que Lakoff ve como culturalmente incompatible, mina la confianza y la fuerza de las mujeres. Como resultado, llegan a producir ese tipo de habla, no simplemente porque es como se espera que hablen las mujeres, sino porque es el que se adecua a la personalidad que desarrollan como consecuencia de las exigencias del papel sexual.

El problema de estos planteamientos es que no proporcionan un instrumento para explicar por qué esas características específicas aparecen como opuestas a otras, ni nos permiten establecer diferencias entre varios tipos de interacción entre hombres y mujeres. Realmente, no nos dicen por qué y cómo esos fenómenos interactivos específicos se conectan con el hecho general de que los hombres dominan en el interior de nuestro sistema social.

## Una explicación alternativa: las subculturas sociolingüísticas

Nuestra perspectiva para abordar los patrones comunicativos intersexuales es de alguna manera diferente a las que se han propuesto con anterioridad. Ponemos el acento no sobre las diferencias psicológicas o sobre las diferencias de poder, aunque puedan contribuir en alguna medida a explicar este problema, sino más bien sobre la noción de las diferencias culturales que existen entre hombres y mujeres en cuanto a sus concepciones sobre lo que es una conversación amistosa, sobre cuáles son sus reglas para participar en ella y, lo que es probablemente más importante, sobre cuáles son sus reglas para interpretarla. Lo que planteamos es que los hombres y las mujeres norteamericanos provienen de subculturas diferentes y han aprendido a hacer cosas diferentes con las palabras, de tal manera que, cuando tratan de llevar a cabo conversaciones mixtas, incluso si ambas partes están intentando tratarse como iguales, el resultado es que se producen problemas comunicativos de tipo cultural.

La idea de que existen subculturas masculinas y femeninas diferentes no es nueva para la antropología. Es algo sobre lo que se ha insistido una y otra vez al referirse a esas partes del mundo, tales como el Oriente Medio o el sur de Europa, donde hombres y mujeres pasan la

mayor parte de sus vidas separados espacial e interactivamente. El caso de subculturas sociolingüísticas que se ha presentado con más fuerza es el trabajo realizado por Susan Harding a partir de su investigación en la España rural (1975).

La premisa más importante sobre la que Harding construye su argumento es que el habla es un instrumento para hacer frente a las situaciones sociales y psicológicas. Cuando los hombres y las mujeres tienen experiencias diferentes y se mueven en diferentes contextos sociales, tienden a desarrollar diferentes géneros de habla y diferentes habilidades para hacer cosas con las palabras. En el pueblo español donde ella trabajó, existía una fuerte división del trabajo de tipo sexual: los hombres se dedicaban a las tareas agrícolas y a la política pública mientras que las mujeres estaban inmersas en una serie de redes de relaciones personales con sus hijos, sus maridos y sus vecinas. Mientras los hombres desarrollaban sus habilidades verbales en negociaciones económicas y en discusiones políticas públicas, las mujeres llegaban a ser más hábiles verbalmente en unas formas bastante diferentes de utilización interactiva de las palabras: chismorreo, análisis social, logro de información a través de una técnica de ruego verbal cuidadosamente desarrollada y una especie de adivinación de los pensamientos de los demás (comúnmente conocida como 'intuición femenina') a través de un hábil control del habla de los otros. La autora plantea que las diferentes necesidades sociales de hombres y mujeres les han conducido a culturas comunicativas diferenciadas sexualmente, en las que cada sexo ha aprendido un conjunto de habilidades para utilizar, de manera eficaz, las palabras.

La pregunta que Harding no plantea, sin embargo, es la siguiente: Si hombres y mujeres poseen diferentes reglas subculturales para hablar, ¿qué sucede cuando tratan de interactuar unos con otras (o unas con otros)? En este punto es cuando recurrimos a la investigación sobre los problemas en la comunicación interétnica.

### La comunicación interétnica

Investigaciones más recientes (Gumperz, 1977, 1978a, 1978b, 1979; Gumperz y Tannen, 1978) muestran que, cuando hablantes de diferentes culturas interactúan, se producen problemas de forma sistemática y



DOVER

que esos problemas son el resultado de las diferencias que existen en los sistemas de inferencia conversacional y en los indicios para señalar los actos de habla y la intención del hablante. La conversación es una actividad que se negocia y que progresiona, en gran medida, gracias a las asunciones compartidas sobre lo que está pasando.

Al examinar interacciones entre anglofonos ingleses e indios en Gran Bretaña (Gumperz, 1977, 1978a, 1979; Gumperz et al., 1977), Gumperz halló que las diferencias en cuanto a los indicios tenían como resultado problemas comunicativos sistemáticos respecto a si se había hecho una pregunta, si se estaba presentando un argumento, si una persona estaba siendo ruda o cortés, si una persona estaba abandonando el uso de la palabra o si estaba interrumpiendo, si una persona estaba enfatizando o si los interlocutores estaban enfadados, preocupados o indiferentes. Los frustrantes encuentros que se producían como consecuencia, más que verse como causados por problemas en la comunicación, se atribuían a choques de personalidades o se interpretaban a la luz de estereotipos raciales que tendían a exacerbar las ya malas relaciones.

Un caso sencillo servirá de ejemplo; Gumperz (1977) cuenta que una mujer india que trabajaba en una cafetería, cuando ofrecía comida, usaba una entonación descendente, por ejemplo "salsa", que para ellos indica una pregunta, algo así como "¿quiere salsa?". Tanto los trabajadores indios como los ingleses consideraban que una pregunta era una forma cortés apropiada, pero para los ingleses una entonación descendente no señala una pregunta, que para ellos se señala con una entonación ascendente, como en "salsa", sino una expresión declarativa, que era no sólo inapropiada sino extremadamente ruda.

Una de las mayores ventajas del marzón analítico que utiliza Gumperz es que no se asume que los problemas son el resultado de la mala fe, sino que más bien se ven como el resultado de que los individuos interpretan erróneamente los indicios de acuerdo con sus propias reglas.

### La interpretación de las respuestas mínimas

¿De qué manera el enfoque de Gumperz para el estudio del conflicto entre re-

*"El dominio que ejercen los hombres en la conversación corre en paralelo a su dominio en la sociedad. Los hombres gozan del poder en la sociedad y también en la conversación. Una segunda variante de este argumento es que, si bien las diferencias de poder entre hombres y mujeres son un aspecto crucial, el mecanismo específico a través del cual esas diferencias se inscriben en la conversación es la definición del papel sexual"*

glas en la interpretación de las conversaciones puede aplicarse a la comunicación entre hombres y mujeres? Un sencillo ejemplo ilustrará nuestra perspectiva básica: el caso de las respuestas mínimas positivas. Las respuestas mínimas tales como los asentimientos con la cabeza y los comentarios como "sí" y "mm mm" son rasgos comunes de la interacción conversacional. A partir de nuestros intentos por comprender la experiencia personal, podemos afirmar que esas respuestas mínimas tienen sentidos significativamente diferentes para los hombres y para las mujeres, lo que les lleva en ocasiones a serios problemas en la comunicación.

Nuestra hipótesis es que para las mujeres una respuesta mínima de ese tipo significa simplemente algo como "te escucho; continúa, por favor" y que para los hombres tiene un significado de alguna manera más fuerte, algo así como "estoy de acuerdo contigo" o al menos "hasta ahora sigo tu argumento". El hecho de que las mujeres usen esas respuestas con más frecuencia que los hombres es, en parte, simplemente, porque es más frecuente escuchar que estar de acuerdo.

Pero lo que explica nuestra hipótesis va más allá de la diferencia en frecuencia de uso. Reglas diferentes pueden conducir repetidamente a malentendidos. Imaginemos un hombre que recibe constantes asentimientos con la cabeza por parte de la mujer a la que está hablando. Ella está indicando simplemente que escucha, pero él piensa que ella está de acuerdo con todo lo que él dice. Ahora imaginemos una mujer que recibe sólo ocasionalmente asentimientos con la cabeza y "mm mm" por parte del hombre a quien habla. Él está indicándole que no siempre está de acuerdo; ella piensa que él no siempre está escuchándola.

Lo que llama la atención de este pequeño ejemplo es que parece explicar dos de las quejas más habituales en la interacción entre hombres y mujeres: (1) hay hombres que piensan que las mujeres siempre están de acuerdo con ellos y luego llegan a la

conclusión de que es imposible saber lo que una mujer realmente piensa, y (2) hay mujeres que se enfadan con los hombres porque nunca parecen escucharlas. Lo que nosotros pensamos es que nos encontramos ante dos reglas diferentes para el mantenimiento de la conversación que entran en conflicto y causan problemas comunicativos en gran escala.

### Cómo se generan culturas diferentes

Una posible objeción que muchas personas podrán poner ante nuestros planteamientos, tal como los hemos expuesto hasta ahora, es que los hombres y las mujeres norteamericanas interactúan con demasiada frecuencia como para poseer diferentes subculturas. Algo que tenemos que explicar es de qué manera hombres y mujeres pueden llegar a poseer diferentes asunciones culturales sobre lo que es una conversación amistosa.

Realmente nuestra explicación es bastante sencilla. Se basa en la idea de que cuando llegamos a ser personas adultas poseemos una amplia variedad de reglas para interactuar en diferentes situaciones. Hemos aprendido diferentes conjuntos de esas reglas en momentos diferentes y en diferentes contextos. Tenemos reglas para tratar con personas en posiciones sociales dominantes o subordinadas, reglas que aprendimos primero en nuestra infancia interactuando con padres y maestros. Tenemos reglas para coquetear y para otros encuentros sexuales que probablemente empezamos a aprender en la adolescencia. Tenemos reglas para tratar con el personal de servicios y de la administración, reglas que comenzamos a aprender cuando por primera vez nos aventuramos en el ámbito público. Finalmente, tenemos reglas para la interacción amistosa, para participar en la conversación amistosa. Lo que resulta interesante sobre estas últimas reglas es que no se aprenden de los adultos sino de los iguales y que se aprenden precisamente durante ese periodo de tiempo, aproximadamente entre los 5 y los 15 años, en que los chicos y las chicas interactúan, sobre todo, con personas de su mismo sexo.

La idea de que los niños y las niñas de la Norteamérica actual aprenden diferentes maneras de hablar a la edad de cinco años o antes ha sido postulada por Robin Lakoff (1975), demostrada por Andrea Meditch (1975) y explorada más globalmente por Adelaide Haas (1979). La investigación de Haas con niños y niñas en edad escolar muestra la temprana aparición de importantes diferencias de tipo masculino-femenino en cuanto a patrones de uso lingüístico que incluyen una tendencia masculina a hacer peticiones directas y a dar información y una tendencia femenina hacia la conformidad (1979: 107).

Sin embargo, el proceso de adquisición de los patrones de habla y de comportamiento específicos del género por parte de niños y niñas en edad esco-

lar es más complejo que la simple copia de los "generolectos" adultos por parte de preescolares. Los psicólogos Brooks-Gunn y Matthews (1979) han etiquetado este proceso como "consolidación de los papeles sexuales"; nosotros lo llamamos aprendizaje de las 'culturas' específicas de género.

Entre los niños y las niñas en edad escolar, los patrones de la interacción social amistosa se aprenden no tanto de los adultos como en el interior del propio grupo de iguales, y uno de los rasgos más importantes de la mayoría de los grupos de iguales infantiles es la homogeneidad: "son o bien todo niñas o bien todo niños" (Brooks-Gunn y Matthews, 1979). Los miembros de cada grupo sexual aprenden de forma consciente a diferenciar su comportamiento del comportamiento del otro sexo y a exagerar esas diferencias. Este proceso puede compararse claramente con la divergencia de pronunciación en la que miembros de dos grupos que desean que se les distinga socialmente con claridad adquieran formas de hablar cada vez más divergentes<sup>2</sup>.

Debido a que aprenden esas culturas específicas de género de sus compañeros y compañeras de edad, los niños y las niñas tienden a desarrollar estereotipos y versiones extremadas de los patrones adultos de comportamiento. En el caso de un chico que aprende a comportarse de una manera masculina, Ruth Hartley (1959, citado en Brooks-Gunn y Matthews, 1979: 203) plantea que:

"tanto la información como la práctica que tiene está distorsionada. Puesto que sus iguales no tienen mejores fuentes de información que él, todo lo que pueden hacer es poner en común las impresiones y las ansiedades que extraen de su educación anterior. Así, la imagen que se hacen está excesivamente simplificada y enfatizada. Es una foto en blanco y negro, con muy poca o ninguna matización, y es incompleta, incluye unos pocos de los muchos elementos que llegan a configurar el papel del hombre duro".

Esperamos demostrar que los chicos y las chicas aprenden a hablar de maneras diferentes a causa de los contextos sociales verdaderamente diferentes en

los que aprenden a cómo conversar amistosamente. Casi cualquier persona que recuerde su infancia, que haya trabajado con niños y niñas de edad escolar o que haya tenido la oportunidad de observarlos puede confirmar el hecho de que los grupos de chicas y los grupos de chicos interactúan y juegan de formas diferentes. Observaciones sistemáticas del juego de niños y de niñas han tendido a confirmar esas diferencias bien conocidas en la manera en que chicos y chicas aprenden a relacionarse con sus amigos y con sus amigas.

En un estudio muy interesante sobre las diferencias en el juego de niños y de niñas en edad escolar, la socióloga Janet Lever (1976) observó las seis diferencias siguientes entre el juego de los niños y el de las niñas: (1) las niñas juegan más a menudo en el interior del edificio, (2) los niños tienden a jugar en

grupos más numerosos, (3) los grupos para jugar de los niños suelen incluir participantes de edades más variadas, (4) es más frecuente que las niñas jueguen a juegos masculinos que viceversa, (5) los chicos juegan más a menudo a juegos competitivos y (6) los juegos de las chicas suelen durar menos tiempo que los de los chicos.

Lo que nosotros planteamos es que, para conocer cómo se originan las diferencias en los patrones del uso lingüístico entre hombres y mujeres, debemos examinar esas diferencias en la organización social del juego y las diferencias en los patrones de interacción social que ello implica. Y sostendremos que son esos mismos patrones, aprendidos en la infancia y trasladados a la edad adulta como circuitos sobre los que se construyen los patrones de las relaciones amistosas entre miembros de un mismo sexo, los que constituyen fuentes potenciales de problemas comunicativos en la interacción intersexual.

### El mundo de las niñas

Nuestra experiencia y estudios como los de Goodwin (1980b) sobre niños y niñas negros y los

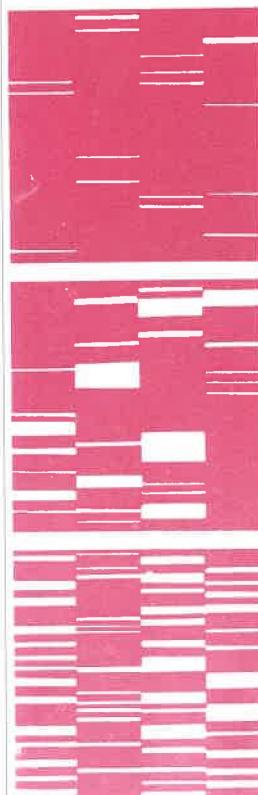


© JAZZ MAGAZINE

de Lever (1976, 1978) sobre niños y niñas blancos sugieren la existencia de un complejo conjunto de rasgos característicos en el juego de las niñas y en el habla que se produce en él. Las chicas juegan en grupos pequeños, sobre todo por parejas (Lever, 1976; Eder y Hallinan, 1978; Brooks-Gunn y Mathews, 1979) y sus grupos para jugar suelen ser extraordinariamente homogéneos en cuanto a la edad. Su juego se produce a menudo en escenarios privados o semiprivados que exigen que se haya invitado a quienes participan. El juego es cooperativo y habitualmente las actividades se organizan de forma que no sean competitivas (Lever, 1976; Goodwin, 1980b). Las diferencias entre las chicas no se establecen por el poder, sino por la cercanía relativa. Para las chicas, la amistad implica intimidad, igualdad, compromiso mutuo y lealtad. La idea de 'la mejor amiga' es fundamental para las chicas. Hasta cierto punto, las relaciones entre chicas se oponen unas a otras y las nuevas relaciones a menudo se establecen a expensas de las anteriores. Tal como observan Brooks-Gunn y Mathews (1979: 280), "la amistad tiende a ser exclusiva, con unas pocas chicas que son extraordinariamente próximas entre ellas. Como consecuencia las rupturas suelen afectar mucho emocionalmente". Goodwin (1980a: 172) señala que "la estructura no jerárquica de las chicas proporciona un terreno fértil para la formación de procesos bastante complejos de alianza entre iguales contra cualquier otro grupo".

En la estructura de las relaciones sociales de las chicas, se da una contradicción básica. Se supone que las amigas son iguales entre sí y que cualquiera de ellas puede llevarse bien con la otra, pero de hecho no siempre es así. El conflicto debe resolverse, pero una chica no puede demostrar poder social o superioridad de forma individual para resolverlo. Lever (1976), estudiando escolares de quinto grado, comprobó que las chicas simplemente no podían enfrentarse con peleas y que cuando aparecía un conflicto no intentaban solucionarlo; el grupo se rompía sin más. Lo que las chicas aprenden a hacer con las palabras es a arreglárselas con la contradicción que se crea entre una ideología de igualdad y cooperación y una realidad social que incluye la diferencia y el conflicto. A medida que crecen,

**"Los hombres y las mujeres provienen de subculturas diferentes y han aprendido a hacer cosas diferentes con las palabras, de tal manera que, cuando tratan de llevar a cabo conversaciones mixtas, se producen problemas comunicativos de tipo cultural"**



© MANFRED MAIER

van aprendiendo formas más sutiles de equilibrar las presiones conflictivas creadas por el mundo social femenino y la ideología femenina sobre la amistad.

Básicamente, las chicas aprenden a hacer tres cosas con las palabras: (1) a crear y a mantener relaciones íntimas y de igualdad, (2) a criticar a otras personas de manera aceptable y (3) a interpretar cuidadosamente el habla de otras chicas.

Las amistades entre chicas se forman, en gran medida, a través de la conversación. Las chicas necesitan aprender a dar apoyo, a reconocer los derechos a la palabra de otras personas y a tener en cuenta lo que han dicho para establecer y mantener relaciones de igualdad y de intimidad. En sus actividades, necesitan aprender a crear cooperación a través del uso de la palabra. Goodwin (1980a) comprobó que formas inclusivas del tipo "vamos a", "podríamos" y "tenemos que" predominaban en las actividades orientadas hacia una tarea. Además, en su estudio, comprobó que la mayoría de las chicas hacía sugerencias y que las otras chicas habitualmente estaban de acuerdo. Pero las chicas también aprenden a intercambiar información y confidencias para crear y mantener relaciones íntimas. El intercambio de pensamientos personales no sólo expresa intimidad sino también compromiso mutuo. Brooks-Gunn y Mathews (1979: 280) señalan refiriéndose a chicas adolescentes:

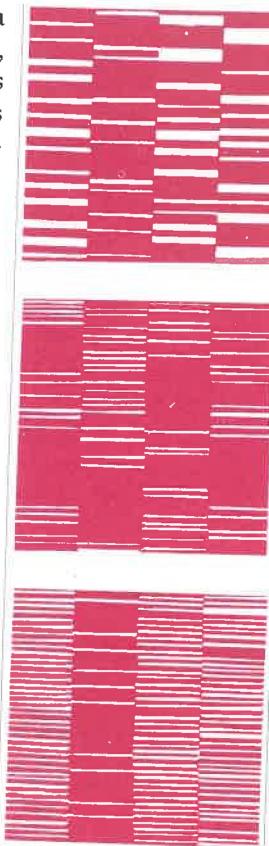
"pasan mucho tiempo hablando, reflexionando y compartiendo pensamientos íntimos. La lealtad es una preocupación básica para la chica de entre 12 y 14 años, probablemente porque, si se comparten los secretos más íntimos, la amiga puede tener 'información peligrosa' a su disposición".

Las amistades, no sólo se forman a través de formas especiales de hablar sino que también se acaban hablando. Como dice Lever (1976: 4) de las 'mejores amigas', "compartir los secretos estrecha la unión y 'decir' los secretos a alguien de fuera es una 'ruptura' simbólica".

En segundo lugar, las chicas aprenden a criticar y a discutir con otras chicas sin parecer abiertamente agresivas, sin que se las perciba como 'mandonas' o 'malas', términos que las chicas utilizan para evaluar las palabras o las acciones de las otras. Ser mandona, ir dando órdenes a las demás, no es legítimo porque niega la igualdad. Goodwin (1980a) señala que las

chicas hablaban de forma muy negativa sobre el uso de órdenes entre iguales, sólo lo consideraban apropiado en juegos de simulación o en relaciones desiguales como, por ejemplo, con hermanos o hermanas menores. Las chicas aprenden a dirigir sin parecer mandonas, o aprenden a no dirigir. Aunque las disputas son comunes, las chicas aprenden a plantear sus argumentos en términos de necesidades del grupo o de exigencias de la situación más que en términos de poder personal o el deseo (Goodwin, 1980a). Las chicas utilizan el concepto de 'maldad' para describir actos de exclusión ilegítimos, cuando alguien enreda o niega la amistad a otra persona. La exclusión es una situación frecuente (Eder y Hallinan, 1978), pero con el paso del tiempo las chicas aprenden a desanimar o incluso a apartar a otras chicas haciéndolo de tal manera que no parezca que es simplemente un antojo personal. "Cortar con alguien" se justifica porque esa persona no ha sabido respetar las normas del grupo y una chica a menudo rechaza a otra utilizando palabras que aparentemente parecerían de apoyo. El conflicto y la crítica son arriesgados porque pueden volverse contra quien critica y, además, pueden amenazar las relaciones sociales. Las chicas aprenden a ocultar la fuente de la crítica; la presentan como si proveniera de otra persona o la presentan indirectamente a través de una tercera persona (Goodwin, 1980a, 1980b).

Finalmente, las chicas deben aprender a descifrar el grado de intimidad que ofrecen otras chicas, a reconocer lo que se oculta y a reconocer la crítica. Las chicas que realmente no pueden interpretar esos indicios corren el riesgo de la censura pública o del ridículo (Goodwin, 1980). Puesto que la moneda de cambio de la intimidad es el intercambio de secretos que puede usarse contra la chica, tiene que saber interpretar la intencionalidad y la lealtad de las otras, y hacerlo de forma continua, debido al sistema de cambios de alianzas y a que el conflicto se manifiesta indirectamente. Las chicas tienen que ser cada vez más sutiles al interpretar los motivos de las otras, al determinar cuándo la intimidad es real, cuándo es convencional y cuándo es falsa, y a responder de forma adecuada. Deben aprender en quién confiar, en qué confiar y a quién no acercarse. A causa de que el conflicto se expresa in-



© MANFRED MAIER

**"Lo que las chicas aprenden a hacer con las palabras es a arreglárselas con la contradicción que se crea entre una ideología de igualdad y cooperación y una realidad social que incluye la diferencia y el conflicto"**

directamente, las chicas tienen que aprender a interpretar con sensibilidad las relaciones y las situaciones. Aprender a hacer las cosas bien es una habilidad fundamental para el éxito social, cuando no simplemente para la supervivencia social.

### El mundo de los niños

Los chicos juegan en grupos más numerosos y organizados más jerárquicamente que los de las chicas. El aspecto más importante que los chicos aprenden a manejar en sus interacciones entre iguales es el estatus relativo de esta jerarquía siempre fluctuante. A los chicos no dominantes raras veces se les excluye del juego pero se les hace sentir la inferioridad de su posición en términos nada ambiguos. Y puesto que las jerarquías cambian a través del tiempo y según la situación, todos los chicos tienen su oportunidad de convertirse en víctimas y deben aprender a aceptarlo. En el mundo social de los chicos se adopta una postura o la contraria; en ese mundo, el habla se utiliza de tres maneras principales: (1) para afirmar la propia posición de dominación, (2) para atraer y mantener la audiencia y (3) para autoafirmarse cuando otros hablantes tienen la palabra.

Probablemente, el uso lingüístico utilizado para la expresión de la dominación es el patrón sociolingüístico de los grupos entre iguales de chicos más claro y, probablemente, el mejor documentado. Incluso estudios etnológicos sobre los patrones de dominación han hecho un uso extensivo de varios comportamientos lingüísticos como índices de dominación. Richard Savin-Williams (1976), por ejemplo, en su estudio sobre los patrones de dominación entre chicos en un campamento de verano, utiliza las siguientes interacciones lingüísticas como medida de la dominación: (1) dar órdenes o mandatos verbales, tales como "Levántate", "Dáme eso", o "Tú vete allá"; (2) insultar y otras formas de ridículo verbal, como "Eres un imbécil"; (3) amenazas verbales o alardes de autoridad, como "Si no cierras la boca, te voy a romper los dientes"; (4) negativa a obedecer órdenes, y (5) ganar una discusión verbal como en la siguiente secuencia: "Yo estaba primero" / "Macho" o en formas más elaboradas de duelo verbal tales como los 'dozens<sup>3</sup>'.

*"En el mundo social de los chicos el habla se utiliza de tres maneras: para afirmar la propia posición de dominación, para atraer y mantener la audiencia y para autoafirmarse cuando otros hablantes tienen la palabra"*

Los mismos patrones para afirmar la propia dominación y para desafiar las pretensiones de dominación de los otros constituyen el elemento central en las observaciones del juego de chicos realizado por Goodwin (1980a) en Philadelphia. Sin embargo, lo que es fácil olvidar cuando se piensa en ese uso de las palabras como armas es que, en ese tipo de interacción, el chico que triunfa no es el más agresivo y el que simplemente usa las formas de hablar más asociadas con el poder, sino el que utiliza esas formas con mayor éxito. El simple uso de la dureza y de la agresión en el juego de los chicos no es un signo de un líder sino de un matón. En un grupo de chicos, el hablante que es hábil resulta considerablemente más simpático y gusta más a sus iguales que un simple matón. El éxito social entre los chicos se basa tanto en saber cómo y cuándo usar palabras para expresar poder como en saber cuándo no usarlas. Un líder con éxito usará la palabra para colocar en su sitio a quienes lo desafían y para recordar periódicamente a sus seguidores su posición no dominante, pero no para intimidar innecesariamente y, por ello, se ganará el respeto, más que el temor, de los chicos menos dominantes.

Un segundo aspecto sociolingüístico de la interacción amistosa entre chicos es el utilizar las palabras para conseguir y mantener una audiencia. Contar historias, contar chistes y otros acontecimientos que incluyen actividades narrativas son rasgos comunes de la interacción social de los chicos. Pero las transcripciones de ese tipo de situaciones de relato recogidas por Harvey Sacks (Sacks, 1974; Jefferson, 1978) y Goodwin (1980a), en contraste con las historias contadas directamente a los entrevistados, revelan una característica interesante de las actividades narrativas entre los chicos:

el comportamiento de la audiencia claramente no es de apoyo. El narrador se enfrenta con frecuencia a la burla, al desafío o a los comentarios al margen de la historia que cuenta. Una habilidad sociolingüística fundamental que un muchacho debe aprender, aparentemente en la interacción con sus iguales, es a aguantar todos esos desafíos, a mantener su audiencia y a conseguir llegar al final de su historia con éxito. En el informe de Sacks (1974), de unos chicos adolescentes en una situación en la que uno de ellos está contando un "chiste verde", por ejemplo, al narrador lo atacan por su gusto con los chistes (implicando que no sabe distinguir un "chiste verde" de uno que no lo es) y por la ambigüedad potencial del inicio "Tres hermanos se casaron con tres hermanas". El motivo de este ataque no es, como Sacks parece implicar, que los miembros de la audiencia estén realmente confusos, sino simplemente que quieren fastidiar al que habla. A través de trampas<sup>4</sup>, de hacer callar, de crear intriga o de otros mecanismos para captar la atención, el hablante aprende a controlar a su audiencia. Aprende también a continuar cuando no consigue que lo animen, haciendo leves pausas en diferentes momentos para conseguir una posible respuesta de la audiencia, pero continuando aunque lo único que consiga sea el silencio.

Una última habilidad sociolingüística que los chicos tienen que aprender de su interacción con otros chicos es cómo actuar cuando forman parte de la

audiencia en situaciones de contar historias como las que acabamos de describir. Como un miembro de la audiencia, igual que como narrador, un chico tiene que aprender a autoafirmarse y a mantener sus opiniones. Los chicos parecen responder a las historias que cuentan otros chicos no tanto con preguntas sobre implicaciones más profundas o con mínimas respuestas de apoyo sino con comentarios al margen y con provocaciones. Estas respuestas no pretenden en principio interrumpir, cambiar de tema o cambiar la dirección del relato en sí, sino afirmar la identidad del miembro de la audiencia como individuo.

### El habla de las mujeres

Las estructuras y las estrategias en las conversaciones de las mujeres muestran una marcada contin-



nuidad con el habla de las niñas. La clave que sugieren el estudio de Kalčík (1975) sobre grupos de mujeres maltratadas, el de Hirschman (1973) sobre estudiantes y el de Abrahams (1975) sobre mujeres negras es que la conversación de las mujeres es interactiva. En la charla amistosa, las mujeres negocian y expresan una relación, que debería adoptar la forma de ayuda e intimidad, aunque también puede implicar crítica y distancia. Las mujeres se orientan hacia la persona a la que están hablando y esperan, a cambio, la misma orientación. Como interacción que es, la conversación exige la participación de quienes están en ella y un movimiento de reciprocidad entre las personas. Tomar la palabra no se percibe como algo particularmente problemático, debería suceder automáticamente; lo que es problemático es implicar a las personas y que continúen implicadas, es decir, mantener la conversación y la interacción.

Esta concepción de la conversación conlleva una serie de estrategias verbales características y da una dinámica particular a la charla entre mujeres. En primer lugar, las mujeres tienden a usar pronombres personales e inclusivos como "vosotros/vosotras" y "nosotros/nosotras" (Hirschman, 1973). En segundo lugar, las mujeres proporcionan y buscan signos de implicación tales como asentimientos con la cabeza y respuestas mínimas (Kalčík, 1975; Hirschman, 1973). En tercer lugar, las mujeres proporcionan signos que muestran interés y atención más elaborados, como comentarios exclamativos o preguntas durante el discurso de otra persona que, a veces, adquieren la forma de interrupciones. De hecho, tanto Hirschman (1973) como Kalčík (1975) comprobaron que las interrupciones eran muy comunes, a pesar de la preocupación de las mujeres (Kalčík, 1975) por la cortesía y la corrección. Kalčík (1975) comenta que las mujeres con frecuencia pedían permiso para hablar, si bien se preocupaban de que cada hablante pudiera terminar y de que todas las presentes tuvieran una oportunidad para hablar. Las interrupciones no se percibían como intentos de arrebatar la palabra a otra persona sino como peticiones para que esa persona elaborara y desarrollara lo que decía, y se tomaban como signos de apoyo e interés. En cuarto lugar, las mujeres, al empezar sus enunciados, se refieren y responden explícitamente a lo que han dicho otras antes. En quinto lugar, las mujeres tratan de unir su enunciado con el precedente partiendo de él o hablando sobre algo paralelo o relacionado con él. Kalčík (1975) se refiere a estrategias como *dejarlo todo atado, rellenarlo y hablar por entregas* como signos del deseo de las mujeres de crear continuidad en la conversación y Hirschman (1973) señala que una dinámica clave del habla de las mujeres es la elaboración.

Si bien el estilo de una gran parte del habla amistosa de las mujeres consiste en mostrar apoyo, tam-

bién se producen elementos de crítica, competitividad y conflicto. Pero, como en el caso de las niñas, suele tomar formas que se ajustan al estilo amistoso. Abrahams (1975) señala que 'dárselas de lista' es una manera de hablar que las mujeres utilizan tanto con las mujeres como con los hombres; sin embargo, entre mujeres suele adoptar una forma más bromista, suele ser más indirecta y con expresiones metafóricas y más breve que entre hombres. La inteligencia, señala este autor, establece distancia en una relación (Abrahams, 1975). Se hace creer que la persona a quien va dirigida una crítica, esté presente o no, ha transgredido las normas y los valores del grupo (Abrahams, 1975). También se disfraza la competitividad abierta. Tal como señala Kalčík (1975), algunas historias que se basan en otras precedentes son un intento de superar a quien las ha contado, pero suelen adoptar una forma similar a las que sirven de apoyo. Lo que difiere no es tanto la intención como la forma. La intención es un elemento central del concepto de 'malicia', un término que utilizan las mujeres para evaluar su habla y que se relaciona con esa contradicción entre forma e intención, ya sea porque se ocultan mensajes negativos bajo formas positivas o porque se actúa de una manera amable cara a cara y no cuando no se tiene delante a la persona en cuestión.

Esas estrategias y la orientación hacia lo interactivo en el habla de las mujeres proporciona a su conversación una dinámica particular. Aunque a menudo algunos enunciados aparecen inacabados (Kalčík, 1975), en el conjunto de la conversación se produce un desarrollo progresivo. La conversación crece a partir de la interacción entre quienes participan y no porque una sola persona o unas cuantas la dirijan. En su interesante argumentación, Kalčík (1975) defiende que esto es también cierto en lo que se refiere a muchos de los relatos que las mujeres cuentan en sus conversaciones. Esta autora muestra cómo los "elementos básicos" narrativos funcionan como recursos conversacionales para una mujer individualmente y para el grupo en conjunto. El que una narradora o su audiencia desarrolle 'los elementos básicos de la historia' en una ocasión concreta depende del contexto conversacional del que emerge (Kalčík, 1975: 8) y adopta formas muy diferentes según quién y cuándo la cuenta. La dinámica de la conversación de las mujeres no sólo es una dinámica de elaboración y continuidad, sino que, además, el estilo cooperativo puede darle también un tono distinto. Hannerz (1969: 96), por ejemplo, contrasta el "tono de dulzura relajada, que a veces se acerca a lo empalagoso", que caracteriza el discurso de aprobación entre mujeres, con la discusión acalorada que se da entre hombres. Kalčík (1975: 6) llega incluso a apuntar que existe un "principio estético u organizativo subyacente" de "armonía" que se expresa en la charla amistosa de las mujeres.

### **El habla de los hombres**

Los patrones de habla de los hombres - y esto ocurre también en el caso de las mujeres- varían mucho de una subcultura a otra en Norteamérica. Gerry Philipsen (1975: 13) lo resume de este modo: "El habla no se valora de la misma manera en todas partes, ni en un lugar se valora de la misma manera el habla en todos los contextos sociales". Existen variaciones culturales sorprendentes entre subculturas en las formas de hablar que los hombres consideran apropiadas para tratar a mujeres, a niños y niñas, a autoridades o a extraños; existen diferencias en las reglas que indican cómo actuar para contar historias o contar chistes; existen diferencias en el contexto del habla de los hombres, y existen diferencias en las reglas para distinguir las bromas agresivas de las agresiones reales.

Sin embargo, más sorprendentes que esas diferencias son las aparentes similitudes que existen entre las diferentes subculturas en los patrones de la interacción amistosa entre hombres y entre esos patrones y los observados en los niños. Los resultados de investigaciones sobre los patrones de habla de los hombres realizados entre negros de ciudad (Abraham, 1976; Hannerz, 1969), habitantes de zonas rurales de Terranova (Faris, 1966; Bauman, 1972) y obreros blancos de zonas urbanas (Philipsen, 1975; LeMasters, 1975) señalan una y otra vez los tres mismos rasgos característicos de las interacciones entre hombres: contar historias, discutir y adoptar actitudes afectadas a través del uso verbal.

Narraciones tales como los chistes y las historias son altamente valoradas, especialmente cuando se representan bien ante una audiencia. Faris (1966: 242) comenta que, en Terranova, por ejemplo, "la razón de que cuando dos hombres se encuentran por la calle no se cuentan una noticia es, simplemente, que no aporta ninguna ventaja transmitir información a una audiencia tan pequeña". Un segundo rasgo típico del habla entre hombres es la discusión agresiva y a voces. Tales discusiones, que pueden incluir gritos, provocaciones, insultos y amenazas verbales (Faris, 1966: 245), con frecuencia son, tal como Hannerz (1969: 86) las describe, "debates sobre pequeños problemas sin importancia que apenas importan a nadie directamente", que se disfrutan porque sí

**"Las mujeres  
negocian y  
expresan una  
relación, que  
debería  
adoptar la  
forma de  
ayuda e  
intimidad,  
aunque  
también puede  
implicar crítica  
y distancia"**

y que no se toman como signos de conflicto real. Las bromas pesadas, las provocaciones, los desprecios, los insultos y otras formas de agresión verbal son un tercer rasgo del habla de los hombres, que se acepta como algo normal entre amigos. LeMasters (1975: 140), por ejemplo, describe la vida en una taberna de obreros en el mediooeste de esta manera:

"Parece claro que, en el Oasis, el estatus está relacionado con la habilidad para atacar verbalmente en el intercambio llamado "*joshing* [tomadura de pelo]", que es como un tiroteo. Tienes que tener a punto una rápida réplica y, preferiblemente, una que te haga ir "un punto por delante" de tu adversario. Quienes no pueden competir en este juego pierden estatus".

Así pues, más que con expresiones de apoyo, una manera típica en que los hombres responden al habla de otros hombres es con las provocaciones.

### **Lo que sucede en la conversación intersexual**

Lo que estamos indicando es que las mujeres y los hombres poseen reglas culturales diferentes para la conversación amistosa y que esas reglas entran en conflicto cuando mujeres y hombres tratan de hablar entre sí como amigos e iguales en una conversación informal. Podemos pensar en al menos cinco aspectos, además de las respuestas mínimas a las que ya nos hemos referido, en que hombres y mujeres poseen diferentes reglas conversacionales, algo que hace posible que se produzcan problemas comunicativos en la interacción intersexual.

(1) Se dan dos interpretaciones del significado de las preguntas. Las mujeres parecen percibir las preguntas como una parte del mantenimiento conversacional, mientras que los hombres parecen percibirlas básicamente como demandas de información.

(2) Se dan dos convenciones para iniciar un enunciado y relacionarlo con el enunciado precedente. Las de las mujeres parecen pedir que se aluda explícitamente a lo que se ha dicho antes y que se establezca una conexión con ello. Los hombres no parecen poseer esa convención y, de hecho, algunas de las estrategias masculinas piden que se ignoren los comentarios precedentes.

(3) Existen diferentes interpretaciones



EMIL RUDER

de las muestras de agresividad verbal. Las mujeres parecen interpretar la agresividad abierta como algo personal, negativo y destructivo. Los hombres parecen verla como una estructura convencional para organizar el flujo conversacional.

(4) Se dan dos maneras de entender la progresión temática y el mantenimiento temático. La bibliografía sobre el relato en particular parece indicar que los hombres funcionan con un sistema en el que el tema se define de forma bastante precisa, uno se atiene a él hasta que lo agota y los cambios de tema son abruptos; las mujeres, por su parte, tienen un sistema en el que el tema progresiva y cambia gradualmente. Esos dos sistemas suponen reglas muy diferentes para producir e interpretar los comentarios al margen, lo que implica un potencial mayor de que aparezcan problemas comunicativos.

(5) Parecen existir dos actitudes diferentes frente al problema de compartir y dar consejo. Las mujeres tienden a discutir los problemas entre ellas, compartiendo experiencias y ofreciendo seguridad. Los hombres, por el contrario, suelen percibir a las mujeres, y a otros hombres, que se presentan ante ellos con problemas como si les estuvieran pidiendo explícitamente soluciones. Ellos responden dando consejos, actuando como expertos, dando una clase a su audiencia<sup>5</sup>.

## Conclusiones

Nuestro propósito en este artículo ha sido presentar una propuesta que permita reflexionar y atar una serie de cabos en el análisis de las diferencias entre los estilos conversacionales de hombres y mujeres. Esperamos probar el valor intelectual de este armazón analítico demostrando su capacidad para servir como modelo de las investigaciones sociolingüísticas precedentes y futuras.

Como modelo de los hallazgos de pasadas investigaciones, el poder de nuestra perspectiva reside en su capacidad de sugerir nuevas explicaciones a resultados previos sobre la comunicación intersexual al relacionar esos resultados con otros ámbitos, que incluyen el estudio de la adquisición del lenguaje, del juego, de las relaciones amistosas, de las narraciones, de los problemas comunicativos interétnicos y del análisis del discurso. Las diferencias



REMI RUDER

**“Los resultados de investigaciones sobre los patrones de habla de los hombres señalan una y otra vez tres rasgos característicos de las interacciones entre hombres: contar historias, discutir y adoptar actitudes afectadas a través del uso verbal”**

en los patrones de interacción social de chicos y chicas parecen ser ampliamente conocidas sin embargo, raramente se utilizan en los estudios sobre la adquisición sociolingüística o para la explicación de las diferencias de género observadas en los patrones del habla de los adultos. El esquema de análisis que hemos propuesto debería servir para relacionar de formas nuevas esos y otros hechos conocidos.

Como un modelo para la investigación futura, esperamos que nuestro planteamiento resulte aún más prometedor. Nos sugiere una serie de problemas dignos de estudio y que permanecen sin investigarse. Los estudios sociolingüísticos sobre niños y niñas en edad escolar, especialmente los estudios sobre el uso lingüístico en interacciones informales entre iguales, son mucho más escasos que los estudios sobre niños y niñas más pequeños, aunque aquéllos serían de una relevancia mayor para comprender los patrones de los adultos, especialmente los que se relacionan con el género. Nuestro enfoque sugiere también la necesidad de que se realicen muchos más estudios sobre conversaciones entre personas adultas del mismo sexo, que intenten hacer más explícitas algunas de las diferencias respecto a las reglas conversacionales que se plantean en las investigaciones actuales. Finalmente, la base de la argumentación que hemos propuesto sugiere una serie de problemas específicos que parecen constituir líneas de investigación futura altamente prometedoras:

(1) Un estudio de la socialización sociolingüística de las niñas “poco femeninas” para ver cómo combinan patrones interactivos y de habla masculinos y femeninos;

(2) Un examen de los patrones conversacionales de mujeres lesbianas y de hombres gay para ver de qué manera se relacionan con los patrones sexuales de la cultura dominante;

(3) Un examen de los patrones conversacionales de personas mayores para ver hasta qué punto las diferencias en el habla persisten una vez que las diferencias de poder se vuelven insignificantes;

(4) Un estudio sobre los conceptos culturales de niños y niñas para referirse a las formas de hablar y sobre la manera en que esos conceptos modelan la adquisición de estilos de habla (por ejemplo,

*'Las mujeres y los hombres poseen reglas culturales diferentes para la conversación amistosa y esas reglas entran en conflicto cuando mujeres y hombres tratan de hablar entre sí como amigos e iguales en una conversación informal'*

¿cómo es que el concepto de 'mandamás' define una forma de comportamiento que las niñas tienen que aprender primero a reconocer, luego a censurar y finalmente a evitar?)

(5) Un examen de los programas de 'técnicas de autoafirmación' para mujeres, para ver si realmente se les enseñan las habilidades discursivas que los hombres políticamente hábiles aprenden durante su adolescencia o si simplemente se enseña a las mujeres a actuar como niñas mandonas o como niños malones sin que se sientan culpables por ello.

Para terminar este artículo, queremos volver a subrayar tres de los aspectos más importantes en que la perspectiva antropológica sobre la organización social y cultural puede resultar útil en futuras investigaciones sobre las diferencias en el habla de los hombres y de las mujeres.

En primer lugar, un enfoque antropológico de la cultura y de las reglas culturales nos obliga a volver a examinar el modo en que interpretamos lo que sucede en las conversaciones. Las reglas para interpretar la conversación están, al fin y al cabo, determinadas culturalmente. Puede existir más de una manera de entender lo que está pasando en una conversación concreta y debemos tener mucho cuidado al decidir qué reglas utilizamos para interpretar conversaciones intersexuales en las que las dos personas que participan pueden no compartir del todo las reglas que les guían en la inferencia conversacional.

En segundo lugar, la preocupación por la relación que puede existir entre las reglas culturales y sus contextos sociales nos lleva a pensar seriamente en las diferencias de tipos de habla diversos, de maneras para categorizar situaciones interactivas y de formas en que los patrones conversacionales pueden funcionar como estrategias para enfrentarse a determinados aspectos de mundo social propio. Diferentes tipos de interacción llevan a diferentes maneras de hablar. Las reglas para la conversación amistosa entre iguales son diferentes a las que son apropiadas para el coqueteo, para la enseñanza, para la conversación cortés formal o para los encuentros con personal de servicios. E incluso dentro del ámbito aparentemente uniforme de la conversación amistosa, creemos que existen diferencias sistemáticas en la manera en que hombres y mujeres definen la amistad y, por

lo tanto, en las estrategias conversacionales que se derivan de ello.

En tercer y último lugar, nuestro análisis sugiere una manera diferente de plantear la conexión entre el comportamiento de niños y niñas, en cuanto al género, y el de las personas adultas. La mayoría de las discusiones sobre la socialización de los papeles sexuales se ha basado en la premisa de que las diferencias de género son mayores entre las personas adultas y que esas diferencias se aprenden gradualmente durante la infancia. Nuestro análisis, sin embargo, sugeriría que al menos algunos aspectos del comportamiento están más claramente diferenciados durante la infancia y que los patrones adultos para la conversación amistosa incluyen, por ejemplo, el aprendizaje de cómo superar, al menos parcialmente, algunos de los patrones culturales relativos al género típicos de la infancia.

### Notas

(1) Si bien los autores, con extrema prudencia, limitan sus afirmaciones al ámbito de los Estados Unidos de Norteamérica, hemos creído de gran interés la publicación de este artículo por dos motivos: en primer lugar, porque la perspectiva que ofrecen para el estudio de las diferencias discursivas en el habla de hombres y de mujeres nos parece de validez general y, en segundo, porque gran parte de las características que señalan como definitorias de los discursos de niños y niñas, de hombres y mujeres, pueden reconocerse también como propias de nuestro ámbito cultural (nota de la redacción de **SIGNOS**).

(2) La analogía entre los procesos sociolingüísticos de divergencia dialectal y de divergencia entre gernerolectos nos la señaló Ron Macaulay.

(3) En sentido estricto, este término se refiere a una forma cultural específica de discusión estilizada a través del intercambio de insultos que ha sido ampliamente documentada por estudiosos de la cultura negra norteamericana y que la practican especialmente los chicos de alrededor de 10 años. Recientemente el folklorista Simon Bronner (1978) ha demostrado de forma convincente la existencia de una forma de intercambio de insultos, extremadamente similar aunque de origen independiente, entre adolescentes blancos norteamericanos, conocida como "ranking" (rango), 'mocks' (burlas) o 'cutting' (cortes). Lo que encontramos curioso y digno de ser resallado es que los *dozen*, en las dos versiones blanca y negra, tienden a ser practicados básicamente por chicos.

(4) Las trampas (en inglés *catches*, N de la T) son una forma de juego verbal en la que el hablante principal consigue, con mañas, poner a su audiencia en una posición vulnerable o ridícula. En un artículo sobre el folklore de los niños negros en el sur de Philadelphia, Roger Abrahams (1963) distingue entre *catches*, que son puramente verbales, y *tricks*, en los que al segundo jugador se le pone, a la fuerza, en posición de que abusen de él no sólo verbalmente sino también físicamente, como en el siguiente ejemplo de un *catch* que es también un *trick*:

A: Adam and Eve and Pinch-Me-Tight / Went up the hill to spend the night / Adam and Eve came down the hill / Who was left?

B: Pinch-Me-Tight

\* A: Adán y Eva y Pellizcame-Fuerte / subieron a la colina para pasar la noche / Adán y Eva bajaron de la colina / ¿Quién se quedó?

● B: Pellizcame-Fuerte  
[A pellizca a B]

Lo que resulta significativo respecto a ambos trucos es que permiten la expresión de una agresión en broma y producen una relación temporalmente jerárquica entre un ganador y un perdedor, pero invitan al perdedor a que intente tomar la revancha respondiendo con otro truco.

(5) Queremos agradecer a Kitty Julien por haber sido quien primero nos hizo notar la tendencia de los amigos hombres a dar consejos a las mujeres sin que necesariamente los estén pidiendo y a Niyi Akinaso por señalarlos que las diferencias de sexo en hablantes yoruba en Nigeria en cuanto a la manera en que la gente responde verbalmente a los problemas que otras personas le plantean son similares a las que se producen entre hablantes en Estados Unidos.

## Referencias bibliográficas

- Abrahams, R. D. (1963): "The "Catch", (in) negro Philadelphia". *Keystone Folklore Quarterly* 8(3):107-11.
- Abrahams, R. D. (1975): "Negotiating respect: patterns of presentation among black women". *Women in Folklore*. C. R. Farrar, ed. Austin: University of Texas Press.
- Abrahams, R. D. (1976): *Talking Black*. Rowley, Mass.: Newbury House. Agar, M. 1973. *Ripping and Running*. New York: Academic Press.
- Bauman, R. (1972): "The La Have Island General Store: sociality and verbal art in a Nova Scotia community". *Journal of American Folklore* 85:330-43.
- Bronner, S. J. (1978): "A Re-examining of white dozens". *Western Folklore* 37(2):118-28.
- Brooks-Gunn, J. and Matthews, W. S. (1979): *He and She: How Children Develop their Sex-Role Identity*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Eder, D. and Hallinan, M. T. (1978): "Sex differences in children's friendships". *American Sociological Review* 43:237-50.
- Faris, J. C. (1966): "The dynamics of verbal exchange: a Newfoundland example". *Anthropologica* (Ottawa) 8(2):235-48.
- Fishman, P. M. (1978): "Interaction: the work women do". *Social Problems* 25(4):397-406.
- Goodwin, M. (1978): "Conversational practices in a peer group of urban black children". Tesis doctoral. University of Pennsylvania, Philadelphia.
- Goodwin, M. (1980a): "Directive-response speech sequences in girls' and boys' task activities". En *Women and Language in Literature and Society*. S. McConnell-Ginet, R. Borker, and N. Furman, eds. New York: Praeger.
- Goodwin, M. (1980b): "He-said-she-said: formal cultural procedures for the construction of a gossip dispute activity". *American Ethnologist* 7(4):674-95.
- Gumperz, J. J. (1977): "Sociocultural knowledge in conversational inference". En *Linguistics and Anthropology*. M. Saville-Troike, ed. Washington DC: Georgetown University Press (Georgetown University Round Table on Languages and Linguistics, 1977).
- Gumperz, J. J. (1978a): "The conversational analysis of interethnic communication". En *Interethnic Communication*. E. Lamar Ross, ed. Athens, Ga.: University of Georgia Press.
- Gumperz, J. J. (1978b): "Dialect and conversational inference in urban communication." *Language in Society* 7(3):393-409.
- Gumperz, J. J. (1979): "The sociolinguistic basis of speech act theory". En *Speech Act Ten Years After*. J. Boyd and S. Ferrara, eds. Milan: Versus.
- Gumperz, J. J. (1982): *Discourse Strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gumperz, J. J. and Tannen, D. (1978): Individual and social differences in language use. In *Individual Differences in Language Ability and Language Behavior*. W. Wang and C. Fillmore, eds. New York: Academic Press.
- Gumperz, J. J., Agrawal, A., and Aulakh, G. (1977): "Prosody, paralinguistics and contextualization in Indian English". Language Behavior Research Laboratory, typescript. University of California, Berkeley.
- Haas, A. (1979): "The acquisition of genderlect. In *Language, Sex and Gender: Does La Différence make a Difference?*". J. Orasanu, M. Slater, and L. Adler, eds. *Annals of the New York Academy of Sciences* 327:101-13.
- Hannerz, U. (1969): *Soulside*. New York: Columbia University Press.
- Harding, S. (1975): "Women and words in a Spanish village". En *Towards an Anthropology of Women*. R. Reiter, ed. New York: Monthly Review Press.
- Hirschman, L. (1973): "Female-male differences in conversational interaction". Paper presented at Linguistic Society of America, San Diego.
- Jefferson, G. (1978): "Sequential aspects of storytelling in conversation". En *Studies in the Organisation of Conversation Interaction*. J. Schenker, ed. New York: Academic Press.
- Kalcík, S. (1975): "... Like Anne's gynecologist or the time I Was almost raped": personal narratives in women's rap groups. En *Women and Folklore*. C. R. Farrar, ed. Austin: University of Texas Press.
- Lakoff, R. (1975): *Language and Women's Place*. New York: Harper and Row. (Traducción al castellano: *El lenguaje y el lugar de la mujer*. Editorial Hacer. Barcelona, 1981).
- LeMasters, E. E. (1975): *Blue Collar Aristocrats: Life-Styles at a Working Class Tavern*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Lever, J. (1976): "Sex differences in the games children play". *Social Problems* 23:478-83.
- Lever, J. (1978): "Sex differences in the complexity of children's play and games". *American Sociological Review* 43:471-83.
- Meditch, A. (1975): "The development of sex-specific speech patterns in young children". *Anthropological Linguistics* 17:421-33.
- Philipsen, G. (1975): "Speaking 'like a man' in Teamsterville: cultural patterns of role enactment in an urban neighborhood". *Quarterly Journal of Speech* 61:13-22.
- Sacks, H. (1974): "An analysis of the course of a joke's telling in conversation". En *Explorations in the Ethnography of Speaking*. R. Bauman and J. Schatz, eds. Cambridge: Cambridge University Press.
- Savin-Williams, R. C. (1976): "The ethological study of dominance formation and maintenance in a group of human adolescents". *Child Development* 47:972-9.
- Soskin, W. F. and John, V. P. (1963): "The study of spontaneous talk". En *The Stream of Behavior*. R. G. Barker, ed. New York: Appleton-Century-Croft.
- Strodebeck, F. L. and Mann, R. D. (1956): "Sex role differentiation in jury deliberations". *Sociometry* 19:3-11.
- West, C. (1979): "Against our will: male interruptions of females in cross-sex conversation. In *Language, Sex and Gender: Does La Différence make a Difference?*". J. Orasanu, M. Slater and L. Adler, eds. *Annals of the New York Academy of Sciences* 327:81-100.
- West, C. and Zimmerman, D. H. (1977): "Women's place in everyday talk: reflections on parent-child interaction". *Social Problems* 24(5):521-9.
- Zimmerman, D. H. and West, C. (1975): "Sex roles, interruptions, and silences in conversation". En *Language and Sex: Differences and Dominance*. B. Thorne and N. Henley, eds. Rowley, Mass. Newbury House.

● Daniel N. Maltz and Ruth. A. Borker: "A cultural approach to male-female miscommunication", en Jhon Gumperz (ed.): *Language and social identity ("Studies in Interactional Sociolinguistics", 2)*, pp. 196-216. Cambridge University Press. 1982. La versión castellana de este texto ha sido autorizada por Linda Nicol (Cambridge University Press). Traducción de Amparo Tusón.